

María escucha sonar su móvil.

En ese instante se encontraba profundamente dormida soñando precisamente con su ex, el mismo que por inercia había marcado su número de teléfono.

Tantos años había esperado aquel momento...

En sueños cada noche se encontraba en sus brazos como si nunca la hubiera abandonado.

Habían pasado siete años, sin embargo para su inconsciente no había ni siquiera transcurrido un segundo desde el último beso ardiente de sus labios.

El flechazo entre ambos había alcanzado tan intensidad que se diría que sus seres habían quedado ensartados para siempre en el lugar donde se habían encontrado por vez primera.

Ella siempre regresaba a la gran plaza de Venecia en sus sueños, luego al Lido conducidos por un gondolero que les arrullaba con el timbre vocal de un Pavarotti.

Ave Maria...

Ésa era la melodía que ahora entonaba el tenor con su camiseta a rallas a la luz de la luna.

Ave Maria...

Se sabía nacida para alcanzar aquel punto de una dimensión tan elevada como misteriosa al que tan sólo en sueños era capaz de regresar, y en la que había logrado mantenerse durante más de diez años gracias a ellos.

En el fondo de su corazón se sentía dichosa porque el goce junto a su amado había sido tan inmenso que su recuerdo perduraba y lo haría por toda la eternidad.

La vida para ella consistía simplemente en florecer y al encuentro con el polen reproductor dar origen a un fruto.

Ni siquiera le hacía falta ser creyente para comprender el significado de la figura de las vírgenes con niños, pues ella se sentía una más.

Sin embargo, por mucho que sus padres, y especialmente la madre de Marcos, hubieran insistido en que debían casarse, en absoluto se arrepentía de negarse a ello.

Encontrarse divorciada en un país extranjero la haría sentirse como su suegra, una paria.

Así era libre, al menos, si es que uno podía pedir algo más.

Salud y libertad eran sus dos únicas ambiciones, aunque la primera había comenzado a escasear tras pasar un invierno helado bajo un aire completamente contaminado.

Entonces regresaba a orillas del Adriático y los tres se repartían una pizza en una especie de comunión sagrada riéndose y mirándose a los ojos.

Justo en ese instante el teléfono había dejado de sonar.

Marcos, tras haber estado rememorando con Momo su primer encuentro en Venecia, no había sido capaz de reprimir el impulso de llamarla.

Le encantaría volver a ver a su hijo, aunque por otra parte la vergüenza le turbaba.

Al menos había aprendido la lección más importante de su vida, y es que como decía el refrán, no es oro todo lo que reluce.

Cuando había conocido a Marta, la ambición le había cegado, creyendo que el éxito era una cuestión de dinero y poder, cuando en realidad los ricos no eran más que esclavos de la banalidad.

Más de mil y una noches había perdido el tiempo tratando de hacer contactos, como su ex lo llamaba, lo cual consistía únicamente en dejarse llevar por el frenético consumo de alcohol y cocaína.

Al menos el año que llevaba de nuevo dentro de la barra, tras seis años fuera de ella, le había servido para recuperar su integridad moral.

El Ave María vuelve de nuevo a sonar, y esta vez ella consigue despertar.

Mario es perseguido por una bruja a través de espacios tenebrosos.

Se trataba de un sueño recurrente que arruinaba sus noches de forma habitual desde la muerte de su madre.

Una mañana que se encontraba en la biblioteca de la facultad a primera hora de la mañana, como de costumbre, al verle Ángel tan abatido, le había preguntado por el motivo.

Aunque no acostumbraba a tratar de temas personales con sus compañeros, le había contado su maldita pesadilla.

A medida que se la describía, sus ojos se iban iluminando.

Al instante se arrepintió de haber compartido sus temores con alguien, como si aquello hubiera supuesto una debilidad.

Él le había hablado de un poeta austríaco amigo de Wittgenstein y de sus ideas sobre el simbolismo de los colores.

Según ese autor que él desconocía, aunque pudiera parecer incongruente, el blanco no simbolizaba la pureza, sino la muerte.

Aquella idea le había parecido absurda pues precisamente con él se vestían las novias, las cuales representaban la vida.

Entonces le había hecho interrogarse por el sentido de la filosofía wittgensteiniana, advirtiéndole que podría encontrar en su obra grandes paralelismos con Spinoza e incluso con Kant.

Para él el problema consistía en temer a las brujas, cuando en realidad podrían representar el bien.

Estaba claro que se trataba de un feminista redomado para pensar así.

En esa cuestión nunca lograban ponerse de acuerdo.

Incluso afirmaba que la caza de brujas, llevada a cabo en la Edad Media, había sido una conspiración entre la iglesia y sus universidades para deshacerse de los saberes curativos femeninos, y apartarlas como posibles competidoras frente a los médicos diplomados.

Pero sin duda la disputa más grande la habían tenido por culpa de la mujer que ofreció a Althusser su amor y sus ideas durante más de treinta años.

Al final había aprendido su apellido, Rytman, porque Ángel insistía en repetirlo en lugar de referirse a ella como su mujer, especialmente tras haberla asesinado.

A pesar de ese desgraciado incidente, se trataba de su pensador favorito, y no por ello dejaría de serlo.

La complejidad estructuralista que entrañaba su obra le maravillaba, pues era de los que opinaba que el lenguaje filosófico, cuanto más hermético, mejor.

Mientras que los pensadores como Sartre, que incluían en sus obras referencias literarias, como para ablandarlos, le parecían de segunda, pues consideraba la emoción y la belleza cosa de mujeres, no de filósofos.

Pero lo más absurdo que le había escuchado decir a Ángel era que quizás ni la primera ni la segunda guerra mundial hubieran tenido lugar sin que Marx hubiera proporcionado al capitalismo un verdadero manual de instrucciones sobre la explotación del proletariado.

Incluso mantenía que por su culpa, la nación rusa había llegado a convertirse en una gran legión de soldados, al igual que China de esclavos.

Y respecto a la caza de brujas, arguía que en la ignorancia actual de los saberes curativos femeninos radicaban todas las enfermedades que asolaban a la humanidad, especialmente las psicológicas.

Entonces, dormido, se plantea que a lo mejor debería dejar de correr y enfrentarse a la bruja a pesar del pánico que le produce.

Miriam está a punto de encontrar el argumento de su novela.

Tenía ya en mente algunos personajes, todos femeninos, pues ése era el mundo que le rodeaba.

De repente se imaginó que todas aquellas mujeres que formaban parte de su vida: modelos, diseñadoras, maquilladoras, fotógrafas, publicistas..., estaban encerradas en un convento.

Aquella idea sonaba un poco surrealista, la verdad, pero al menos podía tratar de desarrollarla puesto que se le había ocurrido a ella, y la sentía como una especie de creación propia.

Quizás fuera cuestión de perseverancia, de darle forma como a una figura de barro, del mismo modo que el propio creador lo había hecho con Adán.

Al fin y al cabo sentía como si esas mujeres poseyeran semejanza con las monjas, tal como ella misma suponía poseer.

Todas tenían en común el idolatrar la moda y el postrarse de rodillas ante ella, obedeciéndola ciegamente.

Ahora se le ocurría que las ciudades, como en la antigüedad, se encontraban repletas de conventos llenos de féminas a rebosar, pero que los muros de piedra se habían transformado en escaparates.

Qué disparate.

Entonces se reía de ella misma y de sus ideas descabelladas.

Al instante dejaba de sonreír y su rostro adquiría la gravedad acostumbrada cuando se encontraba en el trabajo.

De nuevo volvía a soltar pequeñas risotadas imaginándose que los collares eran como los crucifijos colgando del cuello de las novicias modernas y que esos zapatos de tacón incomodísimos sustituían realmente a los cilicios.

La carcajada era aún mayor, y lo cierto es que estaba disfrutando de su imaginación como no recordaba haberlo hecho en toda su vida.

Una sonrisa pícaro de Mona Lisa se dibujaba en su rostro.

Tras la idea que acaba de cruzar como una estrella fugaz por su universo cerebral, permaneció boquiabierto.

Algo le había hecho descubrir que no era habitual ver imágenes de mujeres con rostros de aspecto tan gozoso como el de la misteriosa pintura de Leonardo da Vinci. Ese pensamiento la condujo hasta el famoso bestseller basado en la unión carnal entre Jesucristo y María Magdalena, que una mujer llamada Sofía, como la filosofía, llegaba a desvelar.

Por cierto, El ocho es uno de los libros prohibidos por el Opus Dei, se decía.

Con la expresión suspicaz de una detective trataba de desenmascarar a un sospechoso ignoto.

¿Quién demonios me habrá hecho pasar tantos años sin gozar de mi propio pensamiento?, se preguntaba ofendida y enfurecida.

Su mirada se tornaba iracunda como la de una imagen que acostumbra a ver, aunque no recordaba exactamente dónde.

Tras darle vueltas a la razón de esa furia que la invadía, recordó el logotipo de Versace.

Todo tenía una explicación y gracias simplemente a tratar de escribir una novela, había resuelto por azar una complicada ecuación.

Entonces, el Opus Dei, Aznar, la Botella, Esperanza Aguirre y toda esa tropa opusina estaban detrás de la conspiración para convertir a las jóvenes madrileñas en las mujeres castas y devotas de una nueva religión perversa.

Al fin todo cobra sentido, y ahora sabe muy bien de qué tratará su libro.

Moncho acaba de encontrar al protagonista de su próximo largometraje. Resulta que nada más empezar a barrer se lo encontró cantando y saltando de alegría. Una fuerza poderosa, como un imán, le había hecho acercarse a él. Sus ojos brillaban como diamantes, y su sonrisa era la más espléndida que nunca hubiera llegado a imaginar. Nada más verle pensó que no era habitual encontrar en estos tiempos miradas llenas de felicidad a rebosar. La música brotaba de su cuerpo y de su boca, improvisaba y enlazaba diferentes melodías sin el menor esfuerzo. Parecía Gene Kelly bailando bajo la lluvia, saltando de un banco de piedra a otro y subiéndose a las farolas. Algo así no hubiera imaginado que podría sucederle ni en sueños. Él mismo se había puesto a acompañarle, utilizando la escoba como pareja de baile y apoyándose en ella para saltar. Los grupos de jóvenes que andaban aún por allí a aquellas horas de la mañana, les grababan con el móvil, como si se tratara de un gran espectáculo. Hasta entonces nunca se había creído capaz de representar una comedia, y de repente se planteó que quizás no fuese tan difícil. Según Woody Allen la fórmula era simple, tragedia más tiempo, y al parecer tenía toda la razón. Cuando se terminó la función, al entablar conversación con aquel treintañero de aspecto tan singular y sugerente, comprobó que así era. Resulta que toda su vida había supuesto una tragedia desde que tenía dos años y sus padres se habían separado. Su padre era argentino de origen italiano, y su madre de ascendencia española. Tras la ruptura, ella había regresado sola al país del que procedía su familia. Pero por orgullo, no había querido retornar al pueblo de sus abuelos, y había criado a su hijo sola trabajando en Madrid como modista. De niño, siempre rodeado de mujeres, viéndolas únicamente pendientes de sus vestidos y del espejo, había generado hacia ellas una especie de aversión. De jovencito tenía mucho éxito entre las chicas, pero las rehuía por considerarlas estúpidas y vanidosas, prefiriendo consagrar su tiempo a la música. Sin embargo un día había aparecido en Venecia, en la famosa plaza con su mismo nombre, el amor de su vida. La tragedia se produjo para él el día que la abandonó, precisamente el de los atentados de Atocha. Tras cuatro años absolutamente enamorados, ella le había pedido que antes de marcharse tratara de dejarla embarazada, para que al menos conservara un recuerdo para siempre de su amor, y así fue. La mujer que le había seducido era la típica rubia teñida, una especie de demonio, estúpida, vanidosa e indolente, que trabajaba para Bankia. ¡Cómo no, los malos de la película!, se decía. Durante seis años había vivido en un piso del barrio de Salamanca, comido jamón ibérico a diario, y viajado cada agosto a los rincones más exóticos del planeta. Era músico y había creído que junto a ella conseguiría tocar con los mejores. Pero a su lado llegó a sentirse el más fracasado y miserable del mundo. Tras narrarle su vida, le había pedido dinero prestado para llevarle flores a su amada, con la que había decidido volver y nunca más abandonar. Y él, convencido de que acaba de encontrar al protagonista de su próximo largometraje, se lo había ofrecido sin rechistar.

Marta suda y se agita en sueños tratando de arrancar sus cadenas.

Nunca hasta aquel día había sido tan consciente de su falta de autonomía.

Al final todo resultaba ser una trampa, una especie de jaula en la que vivía encerrada, aún creyéndose rica y afortunada.

Su abuela, aquel monstruo dominador que había obligado a sus padres a vivir en el mismo edificio que ella durante más de veinte años, la amenazaba con un látigo obligándola a entrar de nuevo en su prisión enrejada.

En realidad esa mujer siempre había gobernado a la familia como si se tratara de una pequeña nación, defendiéndola contra posibles enemigos en un estado de guerra preventiva permanente al estilo de Bush y Aznar.

Al parecer, el único que había conseguido sacar partido de todo aquello era su padre. Se diría que esa mentalidad facha estaba creada para beneficiar únicamente a los hombres, si bien eran las mujeres las que la preservaban.

Si tenían un hijo varón lo mimaban, adoraban su falo como si se tratara de un tótem.

Mientras que a las hijas, por no tener pene, las despreciaban y maltrataban.

Las mujeres de su familia estaban cortadas por ese patrón, y ella, de haber llegado a tener hijos, hubiera repetido ese modelo.

Su abuela le había arruinado la vida a su madre, manteniéndola encerrada como una cenicienta palaciega, sin poder realizar en toda su vida otra actividad que obedecerla; mientras su tío, y también su propio hermano, vivían completamente libres.

Aunque su madre no era tan malvada y manipuladora como la suya, estaba repitiendo los designios de su familia.

Por eso ella misma iba siempre llena de pulseras de oro a modo de grilletas.

El hecho de haberlas heredado, le obligaba a ponérselas.

También, desde la adolescencia, comprendió que debía ir siempre maquillada, para así no desentonar entre los ricos, ni asemejarse a la portera y a su prole, tan inferiores desde el punto de vista de los suyos.

En realidad no eran tan sólo sus padres, como siempre había creído, y su psiquiatra le había confirmado, las personas que tanta presión ejercían sobre ella.

La clase social a la que pertenecía, a cambio de alimentarla a base de ibéricos, permitirle viajar en vacaciones a donde le diera la gana, y vivir en un barrio elegante, la condenaba a una especie de guerra psicológica frente a cada persona a la que se enfrentaba diariamente.

Ahora lo veía todo clarísimo.

Se trataba de batallar frente a los demás por preservar los valores dictatoriales heredados de una sociedad franquista, de la cual su familia no era más que un diente en el gran engranaje de una máquina de guerra voraz.

De ahí todo su malestar, su ansiedad, la depresión que sufría desde hacía años, y su gordura malsana.

Pues si parecía inflada, era porque se sentía como una bomba a punto de estallar.

Incluso lo que le había sucedido en Nueva York, a los dieciocho, cobraba sentido.

Había llegado allí creyéndose que era la dueña del mundo, cuando aquella gente, y especialmente los negros, debían estar hartos de ser avasallados.

Aquel trágico intento de violación y las verrugas genitales habían representado un modo de advertirle que se estaba adentrando en los dominios del mal.

Más de veinte años habían pasado sin descubrir aquel secreto que todos se empeñaban en silenciar.

Incluso Marcos, en vez de mostrarse sincero, la había utilizado vilmente.

Vislumbrando en sueños la raíz de todo su sufrimiento, suda y se agita como si se hallara poseída por el demonio.

Marcial no puede pegar ojo de lo nervioso que está.

Hacía años que no tenía relaciones íntimas con una mujer, y le temblaban las piernas pensando en que iba a quedar con una tras tantos años de celibato.

Incluso se planteaba ir a rezar a la iglesia del Cristo de la Victoria pidiéndole a Dios que obrara un milagro.

El problema era que eso de victoria le sonaba a guerra, no en vano allí se congregaban, por encontrarse cerca de Moncloa, los fachas del barrio.

Aquella era la parte regia de la ciudad, donde se encontraba el palacio presidencial, las residencias militares, el ministerio del aire, el águila sobre un enorme pedestal, el edificio circular lleno de cruces dedicado a los caídos en la batalla de Madrid, y frente a éste el arco de la victoria franquista.

Sin duda los derechistas quisieron mostrar su triunfo y lo llevaron a cabo sin escatimar en gastos.

Aunque el palacio de la Moncloa lo habitaba un socialista, no hacía falta ser muy avisado para darse cuenta de que en ese barrio se encontraba fuera de lugar.

Precisamente allí, en la cafetería de un edificio llamado Galaxia, se había fraguado el golpe de estado.

Y aunque hacía ya treinta años de aquello, el ambiente continuaba enrarecido.

Por entonces los pijos se reunían en los bajos de aquel edificio, no en los de Aurrerá, a donde iba él, sino en los de la manzana contigua.

Recordaba que una vez, por curiosidad, se había acercado hasta allí con unos amigos, colándose entre los ricachones, altos y apuestos ellos, rubias y delgadas ellas.

Hacía calor aquella noche, pero él llevaba su chupa de cremalleras, de la que estaba orgulloso por habérsela comprado con el primer sueldo que había ganado.

Por entonces, aunque le costaba creerlo, solía ligar a pesar de su complexión débil.

Las chicas le decían que tenía una cara muy graciosa, además de unos bonitos ojos verdes.

Pero las mujeres, ya por aquella época, bebían demasiado, así que se acostaban con uno y al día siguiente ni se acordaban, a menos que les interesara, y no era el caso.

Y es que hasta las que iban de liberadas, vestían de negro y secundaban a los que protestaban a través de la música y los gritos desesperados, en el fondo eran tan conservadoras como el resto.

En cuanto descubrían que vivía solo y no tenía el mínimo contacto con su familia, se esfumaban en busca de un mejor partido.

Sin embargo él estaba convencido de ser mil veces mejor que aquellos con los que se casaba la mayoría, su propio padre el primero.

Luego, cuando llegaban los hijos y los pesares, con ese tipo de hombres fornidos, que estaban muy bien para follar, no se podía contar.

Y había que ver la cara de amargadas que se les ponía luego a las pobres, que incluso después de divorciarse tenían que seguir aguantando sus ataques machistas.

Él, que cuando huyó de su casa creía que era en la única que se cocían habas, a lo largo de su vida se había percatado de que ninguna estaba libre de pecado.

No hacía falta más que ver las estadísticas sobre las mujeres que eran maltratadas y asesinadas para hacerse una idea de la magnitud del problema.

Según Mónica, con la que mantenía largas conversaciones sobre temas de ese tipo, se trataba de una guerra civil mundial librada en el seno del capitalismo, que todavía tendería a agravarse más con el paso del tiempo.

Él, que no participaba de esa guerra desde hacía mucho tiempo, para empezar porque en el mercado de la carne humana su cuerpo no tenía ningún valor, tiembla de miedo y a punto está de convertirse en un desertor.

Muriel quiere despertar a Manu para despedirse.

Lógicamente, marcharse sin decirle ni siquiera adiós le parecía muy violento, y de mala educación.

Miraba su reloj de Cartier desesperada, aunque todavía faltaban más de dos horas para la salida de su vuelo.

Se diría que lo estaba haciendo adrede para fastidiarla, porque juraría que hacía unos minutos le había visto levantarse para ir al baño.

Por una parte le maldecía, aunque por otra se daba cuenta de que aún sentía por él una pasión muy intensa.

En ese momento estaba a punto de sucumbir.

Sentía deseos de meterse también ella en la cama y olvidar todo lo sucedido aquella terrible noche.

Quizás la pelea había sido una de tantas de las que habían tenido lugar a lo largo de su vida juntos.

Era especialista en sacarla de quicio, aunque se atrevería a decir que precisamente eso era lo que más le gustaba de él, porque luego, con un simple arrumaco, la hacía caer rendida a sus pies.

Seguro que se trataba de una táctica masculina, porque sin duda él conocía todos los trucos para mantener a una mujer constantemente excitada.

Lo de darle celos, como aquella noche, tampoco era la primer vez que lo hacía.

Ahora que lo pensaba, menudo historial tenía.

Seguro que me ha visto coquetear con Maurice y por ello me ha montado ese pollo.

Y eso que no sabe que cuando fui a su habitación a servirme mi whisky favorito, apareció de repente y me besó de un modo que de tan ardiente dejó asombrada.

¡Quién lo diría de él!

Entonces sonreía sentada en el borde de la cama dispuesta a olvidar lo sucedido, tanto lo del beso como la disputa.

En ese momento se arrepentía de todo, y pensaba que en el fondo él tenía razón.

Seguro que ella era una absoluta ignorante en materia de arte, de cine, y de muchas cosas más.

Él no quería trabajar como profesor de secundaria por el momento, pero al menos se leía todos los días el periódico y le informaba a ella de la actualidad.

Le gustaba enterarse de las cosas que sucedían en el mundo, pero le daba pereza ponerse a leer con calma las noticias, como él lo hacía.

Prefería pasear, ir de compras, montar a caballo...

Más que aprovecharse de ella, reconocía que vivían en una especie de simbiosis.

Qué culpa tenía él de que sus padres tuvieran tanto dinero y además fueran generosos.

Él se lo merecía porque era educado y culto.

Daba gusto estar a su lado.

Sus conocimientos tendrían que proceder de los libros que leía.

Sabía no sólo de literatura, sino de otros temas complicadísimos como la filosofía, la política o la economía.

Si estaba convencida de que llegaría a ser alguien en el mundo de las letras, sería sin duda por algo.

Entonces siente por él una ternura muy intensa y comienza a acariciarle dulcemente, como él solía hacerlo durante horas, recorriendo su cuerpo suavemente con sus manos y colmándola de placer.

Piensa despertarle para despedirse antes de coger el avión, porque de todas formas tenía que viajar a París tarde o temprano, pero está segura de que permanecerá para siempre a su lado.

Modu sueña con su país, ya que había algo de él que en el fondo

53

Modu sueña con su país, ya que había algo de él que en el fondo añoraba, aunque no sabría decir el qué.

Allí la gente era tan diferente...

Para empezar resultaban amables, como las personas humildes suelen serlo.

Cuando llegaban los extranjeros, los trataban de un modo acogedor, mientras ellos, incluso los religiosos y los que trabajaban para las ONGs, se mostraban despectivos y altaneros.

Suponía que los romanos, durante la época de dominación de sobre las tierras de Europa, se habían comportado de un modo semejante.

Seguro que tampoco eran joviales, como les sucedía ahora los occidentales, que en eso no se parecían en absoluto a los africanos, siempre cantando y bailando con el corazón lleno de alegría.

Ellos carecían de desarrollo tecnológico y científico, pero del resto eran iguales a pesar del color de la piel.

No en vano Jesucristo había luchado por esa igualdad en tiempo de los romanos, aunque ahora nadie parecía darse cuenta del sentido de esa creencia por haber sido convertida por el imperio en dogma a la fuerza.

En su país había iglesias a montones tanto cristianas como mahometanas, ya que eso parecía lo único que les interesaba a los gobernantes, que a cambio recibían importantes ingresos, que luego invertían en armas y en soldados.

Aunque la religión de los cristianos le parecía un poco mejor, no le había quedado más remedio que pasar por el aro de los árabes.

Mientras vivía allí, fingía, como el resto, obedecer a los ritos sociales del grupo al que pertenecía a pesar de resultarles terriblemente injustos y crueles, en especial con las mujeres, a las cuales denigraban sin compasión.

El animismo, la religión pura y simple del poder del alma, aunque estaba cada vez peor considerada, podía resultar más útil, y llegaba incluso a curar enfermedades.

Eso sí, siempre que se utilizara para hacer el bien, porque también estaban los que empleaban la fe de las personas para mantenerlas atemorizadas, como sucedía con las demás doctrinas.

El ejemplo era que muchas de las mujeres africanas que trabajan como prostitutas habían sido sometidas a prácticas de ese tipo en sus países de origen.

Pensándolo bien, si eran capaces de soportar aquello por temor a que a alguien de su familia le sucediera algo malo, cuánto amor debían albergar en su corazón.

Y es que en el fondo, aunque las mujeres africanas no representaran el modelo de belleza dominante, le parecían mejores.

Lástima que las mayoría de las que llegaban a Europa, se encontraran subyugadas por los proxenetas.

54

En realidad lo que echaba de menos era el contacto con una persona del sexo opuesto perteneciente a su misma cultura, con la que además pudiera compartir su lengua materna, el wolof, y así fuera capaz de comunicarse de verdad.

Hacía tiempo que venía sintiendo la desagradable sensación de encontrarse desplazado del núcleo de la vida, la matriz de la naturaleza, es decir de Dios.

Se había dado cuenta de que ya no disfrutaba de la existencia con la misma intensidad.

Ni siquiera del sexo, el único medio que uno podía encontrar en el mundo civilizado para fundirse con el alma universal, le satisfacía plenamente.

Entonces, viéndose reflejado en sueños en los ojos de una mujer de su mismo color, se siente dichoso.



Mónica sueña con París, una ciudad llena de belleza y cultura.

Allí todo resultaba artístico y armonioso, desde los edificios hasta las personas que los habitaban.

La luz poseía un matiz particular, como si se tratara de la iluminación propia de los cuadros o de las películas.

Sin embargo en Madrid, donde casi siempre brillaba el sol, éste lanzaba sus rayos sobre la ciudad y sus habitantes con tal ferocidad como si quisiera castigarlos.

Se diría que París estaba iluminado con delicadeza a través de una pantalla formada por las nubes, mientras que en Madrid la bombilla quedaba al desnudo resultando cegadora y proporcionando unos contrastes grotescos.

Allí una podía vestirse de colores sin miedo a herir la vista de los demás puesto que a penas se reflejaba el sol sobre las vestimentas.

Sin duda aquel había sido el lugar donde más seres humanos a lo largo de la historia tuvieron la fortuna de cubrirse con el brillo resplandeciente de la seda y amar hasta la saciedad.

Si por ella hubiera sido, la revolución hubiera tomado el camino contrario, y en vez de degradar a los nobles, se hubiera ennoblecido a los plebeyos, tal como proponía el yerno de Marx en su Elogio a la pereza.

Sin embargo, incluso el país que en la batalla de Poitiers había detenido la invasión del más cruento de todos los monoteísmos, creado a imagen y semejanza del católico, se encontraba también ahora en estado de guerra contra él.

Y no es que ella tuviera nada en contra de los musulmanes, sino de la necesidad de los mal llamados cristianos de combatirlos sin piedad.

De hecho Madrid, diez siglos atrás, había sido una población sarracena, como la mayoría de la península ibérica.

Por mucho que los conservadores lo negaran con todo su empeño, el país todavía guardaba su esencia mora, de la que ella no se avergonzaba en absoluto.

La prueba era que incluso el adalid español de la cruzada del siglo XXI poseía un apellido árabe.

Por cierto, los Aznares y sus amigos integristas, a la guerra civil habían tenido el valor y la osadía de denominarla cruzada.

Eso podía dar una idea de la magnitud del problema sobre el que se asentaba la cultura, o incultura española.

Creía que la ingesta desmesurada de alcohol y la prostitución gratuita en masa generada como consecuencia de lo primero, no eran más que viejas tácticas guerreras.

Se trataba de un modo muy astuto de colocar en la mano de cada cual una daga y dejar actuar libremente a la animalidad propia de nuestra especie.

Por eso mismo saldría a la calle esa tarde en defensa de los derechos más básicos de los ciudadanos de su país, ya que ellos no eran culpables del pecado heredado de los reyes católicos por todos los españoles.

Aunque por otra parte se temía lo peor, ya que la tercera guerra mundial, al igual que el arte, había perdido sus contornos y nada podía verse con claridad.

No lo decía sólo ella, sino que Stéphane Hessel, uno de los intelectuales al frente de esta batalla pacífica, así lo manifestaba.

Del mismo modo también tenía claro que el espíritu antidemocrático del franquismo seguía vivo y tenía nombres y apellidos.

Muchos pertenecían al Opus Dei, una secta católica nazi.

Por eso en sueños abandona su ciudad y viaja a París, para encontrarse rodeada de los valores morales a los que conduce un sabio y racional ateísmo, y de los cuales el amor puro es el más elevado de todos.

Mohamed camina lentamente hacia su casa.

Lo que le había sucedido había sido sin duda un castigo de Alá, aunque por una extraña razón se encontraba absolutamente relajado.

Aquello le resultaba sorprendente, como si una especie de descubrimiento azaroso le hubiera abierto las puertas de un nuevo paraíso.

En su caso, en vez de haber recuperado la fe, acababa de perderla por completo.

Siempre temiendo la desgracia de llegar a ser sodomizado, para finalmente darse cuenta de que no era algo malo, sino absolutamente placentero.

Incluso los animales, desde su más absoluta ingenuidad, también lo practicaban.

Ahora comprendía que realmente no estuviera muy mal visto en su cultura, tan atenta a las necesidades del alma.

Penado estaba, aunque sólo teóricamente, porque allí muchas personas mantenían relaciones amorosas homosexuales de un modo bastante explícito.

En su país no era raro ver a pasear a hombres agarrados de la mano, o a las mujeres abrazarse ardientemente entre sí.

Aunque extrañamente nunca se veía a personas personas del sexo opuesto haciéndolo de forma pública.

En la cama, a oscuras, se practicaba el sexo como un deber matrimonial; pero lo que se dice amar al cónyuge, resultaba algo completamente fuera de lo común.

Tanto miedo, al final para nada, se decía alegre.

Incluso le costaba reprimirse para no canturrear, como hacían sus mujeres tras un buen polvo, de esos que tenían lugar tras una copiosa comida.

Especialmente con la española, ya que la marroquí era demasiado pudorosa.

Entonces si todo el mundo practicara de vez en cuando el sexo anal, no sólo el normal, la gente estaría más relajada, meditaba.

Sin duda esa prohibición, junto con la del incesto, mantenía a la gente desquiciada.

Así andaban todos luego sodomizándose de un modo simbólico, jodiendo al prójimo en vez de follárselo.

Lo cierto es que esa noche se había vuelto un libertino.

También podría considerársele un perverso, aunque por otra parte se daba perfectamente cuenta de que nunca jamás se había sentido menos perverso y con menos deseos de herir a los demás.

Ahora entendía por qué los hombres maltrataban a los niños en vez de acariciarlos.

Todo el mundo tenía miedo de algo que al final era inocuo, eso sí, siempre que se practicara con preservativo.

Si incluso él, que tenía numerosos hijos, y en su país alguno ya mayorcito, les propinaba cachetes para reprimir los besos y los abrazos.

Y ahora que lo piensa, resulta que la mayoría de las mujeres también se mostraban crueles con las niñas.

La suya marroquí era un clarísimo ejemplo, y así estaba la pobre de amargada.

Si se reprimía con sus hijos e hijas, y luego a su marido no lo veía más que un mes al año, como para no estar hecha una furia.

Menos mal que tenía a la española, que era una santa.

Cierto es que ella a su propia madre la quería mucho, y ambas se trataban con verdadero afecto, sin reprimirse.

Así luego hacía lo mismo con sus hijos.

Y pensar que cuando se había visto amenazado con una pistola, había creído que iba a morir, cuando en realidad aquella super mujer, como una madre, simplemente le había castigado tal como se merecía.

Por eso, sintiéndose en paz, regresa a su casa.

Melissa juega en la cama con sus hijos.

Se hacían cosquillas y se besaban sin pudor, ya que ella consideraba que así debían tratarse las personas, sin interponer barreras entre ellas, ya que eso luego les causaba traumas.

Por esa razón, a los que les educaban prohibiéndoles todo, y evitando el contacto físico, se volvían maniáticos, bien muy retraídos, o bien agresivos.

De eso había hablado más de una vez con su hermano.

Él estaba absolutamente de acuerdo con sus ideas, que al fin y al cabo resultaban de sentido común.

También era muy importante no darles órdenes, ni gritarles, como en el ejército; sino tratarles con cariño y respeto en todo momento.

Por lo visto muchísimos niños estaban yendo al psicólogo, y eso significaba que sus padres no lo estaban haciendo nada bien.

Entre los infernales divorcios y los complejos que la gente les creaba a base de transmitirles sus propias inseguridades, últimamente se estaban engendrando verdaderos monstruos.

A ella le daba pena ver a los chiquitines llorando todo el día y con ojeras, a punto de volverse locos.

Todos encopetados, eso sí.

Endomingados pero sufriendo ya por los pecados de toda la humanidad.

Un síntoma de que se encontraban afectados por la raíz del mal en occidente, la repulsión carnal entre los seres humanos, era que siempre se encontraban enfermos, cuando los suyos ni siquiera se acatarraban en todo el invierno.

Mira que en Madrid hacía frío y estaba contaminado, pues ni con esas.

Pasaban las tardes en la calle, se divertían, y dormían como angelitos.

La cuestión radicaba en comportarse con ellos de un modo sano.

Estar de buen humor era la clave para que ellos se sintieran seguros.

Si les amaba, ¿cómo iba a mantenerse distante con ellos?

Tendría que estar mal de la cabeza para hacer algo así.

Como su hermano para todo tenía una teoría, mantenía que mucha gente falseaba su verdadera sexualidad, lo cual resultaba tan patológico que llegaba incluso a derivar en enfermedades mortales.

Y no sólo eso, sino que también aseguraba que los que asesinaban a sus mujeres eran maricones que en el fondo las odiaban a muerte.

También argumentaba que la homosexualidad reprimida era lo que había llevado a su propio padre a comportarse como un canalla con todas las mujeres.

Lo que estaba claro es que su sangre cubana era más pura.

Los españoles, que en América no había hecho más que abusar de las mujeres y esclavizar a los hombres, ahora tenían su merecido.

Todos los sudamericanos que ella conocía, al verlos así de amargados, incluso a pesar de estar forrados, opinaban que las armas que habían utilizado para llevarse el oro de sus tierras, ahora se estaban volviendo en contra suya.

Afortunadamente sus hijos no andaban con españoles, sino que jugaban en la calle con niños de todas las razas, todos muy simpáticos, educados y cariñosos.

Los había sudamericanos, chinos, gitanos, rusos, rumanos...

Todo el mundo estaba dispuesto a jugar con ellos y ellos con todo el mundo, como tenía que ser.

Así estaban siempre de sanos y felices.

Lo cierto es que su marido era algo pudoroso, así que aprovecha que aún no ha llegado para divertirse con los niños a sus anchas.

Momo discute con su mujer mientras las niñas lloraban, como de costumbre.

Un día más se arrepentía de haberse casado.

Qué le costaría a ella dejarle dormir en paz.

Había estado trabajando.

Era un artista, no un juerguista.

Vale, se había pasado un rato charlando, pero quién no tiene derecho a hacerlo.

Por lo visto eso de sentarse en la calle y estarse horas de palique resultaba antes de lo más normal.

Cuando eras joven parecía que aún tenías derecho a ver a tus amigos, pero en cuanto te casabas, se suponía que debías recluirte en casa como en un monasterio, ponerte a ver la tele y quedarte más embobado aún que con los porros.

Pues él se negaba, lo sentía mucho pero necesitaba defender sus derechos de ciudadano libre, especialmente frente a su mujer, que más bien parecía un policía disfrazado.

Así comprendía que muchos hombres se vieran obligados a mentir a sus cónyuges al salir de trabajar diciéndoles que estaban en la oficina.

Él no quería caer tan bajo, pero aún así reconocía que alargaba todo lo posible su jornada laboral.

Le salía de manera inconsciente.

Se pasaba el día perdiendo el tiempo, viendo chorradas en internet, y luego le tocaba ponerse a currar a última hora.

Lo sentía por las niñas, pero de ellas se encargaban las abuelas, y parecían encantadas.

Qué diferencia abismal existía entre la generación de sus padres, la suya y la de sus hijas.

Unos nacidos durante la autarquía, otros abiertos a Europa, y ahora todos inmersos en plena globalización.

Aunque mirándolo fríamente le parecía que la diferencia radicaba en que cada generación vivía más enclaustrada que la anterior.

Por eso lo único que deseaba era manifestarse esa tarde, al fin.

Y esperaba que aquellas movilizaciones por la libertad, en nombre de la verdadera democracia, se prolongaran durante largo tiempo.

Al parecer estaba previsto comenzar a celebrar asambleas en los barrios, y eso le parecía un sueño tras tantos años de silencio por parte de la ciudadanía.

A él le gustaba la libertad de expresión, pero a su mujer no.

Ella era una de las miles de mujeres que perdían su tiempo libre en soledad comprando en Zara.

Así iba el mundo, mal para todos excepto para el dueño de esa empresa gracias al trabajo de las mujeres.

Ella se dejaba allí el sueldo, y luego no era de extrañar que estuviera amargada.

Con sus hijas no pasaba ni una hora al día, hasta las bañaba su madre.

Por las mañanas, era él el que las llevaba a la guardería, así no la molestaban.

Para acicalarse le hacían falta horas.

Y todo para ir a trabajar a la oficina de la empresa inmobiliaria de su papá, donde se creía la jefa por haber estudiado Empresariales.

Luego, como sólo estaba pendiente de sus tacones y sus collares, no se enteraba ni de uno de los chanchullos que hacía su padre, que había que estar ciego para no verlos.

Menudo paripé.

A cambio sus padres pagaban la guardería en la que había querido meter a las gemelas nada más nacer, como si le desagradara el contacto con ellas.

Y lo peor es que cuando se pelean, como ahora, él se lo echa todo en cara.

Marisa, sonriente y feliz como de costumbre, acaba de despertarse.

Cada día suponía un regalo sorpresa, ya que siempre le sucedían cosas extraordinarias.

Esa mañana iría a cuidar al niño de una desconocida que le había llamado a las tres de la mañana.

Eran las nueve y había quedado en pasar por su casa a las doce, así que aún le quedaba mucho tiempo del que podía disfrutar.

Respiraba hondo como si se encontrara haciendo yoga, una de sus actividades favoritas.

Cerraba los ojos y escuchaba latir su corazón, sintiéndose tan viva y tan afortunada que tenía que morderse el labio inferior para reprimir un grito de felicidad.

Se imaginaba en un bello paisaje rodeada de verdor, tumbada sobre la hierba y viendo pasar nubes inmensas, como de algodón.

Extendía sus brazos notando como las fibras de sus músculos se estiraban hasta la punta de sus dedos.

Sentir su cuerpo así de intensamente cada mañana le parecía un placer exquisito.

Cuánto había gozado gracias a él, y lo que le quedaba.

Desde pequeñas, ella y su hermana habían ido a clases de baile.

Se podría decir que eran bailarinas, aunque como el ballet les parecía demasiado rígido, preferían la danza libre.

El pertenecer a una asociación por la libertad y la conciencia corporal, les permitía poder practicarla de vez en cuando.

Resultaba tan liberador...

La verdad es que le costaba comprender que tanta gente fuera capaz de soportar la rigidez física, y por lo tanto mental, de la vida cotidiana.

Aquella maravilla que le había sido donada por la naturaleza, su cuerpo, la única propiedad que poseía, le parecía un verdadero tesoro.

Y no tan sólo el suyo, sino también el de los demás.

La obesidad, por ejemplo, que tan mal vista estaba últimamente, no como en tiempos de Rubens, se trataba de un síntoma de sumisión, y eso siempre había estado bien considerado en la mujeres.

El problema radicaba en que las personas sumisas, debido al nivel de crueldad al que habíamos llegado, tenían que soportar toda clase de vejaciones.

Y tener que operarse, por ejemplo, le parecía una de ellas.

Lo cierto es que en Madrid no se vivía tan mal como en países aún más tradicionalmente capitalistas.

Pero suponía que lo peor estaba por llegar si no se hacía algo por resistir frente al enemigo, el imparable poder del dinero.

Cada año percibía como los pasos de los habitantes de la ciudad, esclavos del consumo, se aceleraban un poco más.

La raíz del mal psíquico se llamaba deseo insatisfecho, el cual generaba ansiedad.

Pero la sociedad, aún a sabiendas de que producía un gran malestar, lo potenciaba a través de los medios de comunicación de masas.

A ellos les interesaba, ya que se financiaban a través de la publicidad.

Pero la prueba de que no todo el mundo estaba corrompido era que miles de personas saldrían ese día a protestar contra las numerosas injusticias que estaban siendo cometidas en nombre de la democracia.

Ella misma, una verdadera indignada, gracias al valor que le infunde el compromiso, se siente feliz y sonríe como de costumbre.

Manu encuentra en sueños una fuente en la cual saciar su sed.

Hacía años que le afectaba una extraña resaca espiritual, a pesar de no probar el alcohol.

Al final había tenido el valor para romper con el pasado, dejando de pertenecer al clan de los burgueses, para el cual se suponía que debería procrear y crear durante toda su vida sin parar.

Aquel ciego afán humano trataba de afrontar, como todas las religiones, el miedo a la muerte.

La cobardía estaba en la base de todas y unas de las grandes creaciones humanas, del arte también, por supuesto; aunque a veces éste resultaba verdaderamente generoso, creando belleza al estilo de la propia naturaleza.

A pesar de que siempre habían existido autores valientes como Zola o Huysmans, entre otros, la mayoría se conformaban con sacrificar chivos espiatorios y dejar a todo el mundo satisfecho mediante el derramamiento de sangre ajena.

Zola, cien años atrás, había tenido el valor de luchar contra ello confiando en el poder de la República y la Democracia.

El mundo, más gracias a la literatura comprometida que a la historiografía, no había olvidado aún su valeroso Yo acuso.

Y no lo hacía para salvar su pellejo de modo egoísta, como los chivatos, sino el de un judío condenado injustamente.

Cuántos Zolas hubiera necesitado la humanidad para detener el genocidio nazi.

Sin embargo pocos tuvieron el valor de arriesgar ya no sus vidas, sino su comodidad, para prestarse a algo tan loable como absolver de una injusta condena a muerte a otro ser humano.

Claro, si para eso ya estaba Dios, quién tendría por qué molestarse.

Para más inri, el propio pueblo hebreo había creado al monstruo topododeroso que les convirtió en sujetos indefensos frente a las afrentas de sus semejantes.

Vale, no os defendáis, que vais a ver lo que os espera.

Y lo vieron, y lo vimos todos.

Precisamente una víctima de ése mismo horror, Sthéphane Hessel, acababa de dirigirse a los ciudadanos tratando de advertirles del peligro que les acechaba.

Ya no se trataba de Hitlers, Musolinis o Francos, sino de otros muchos bajitos acomplexados y homosexuales reprimidos, cuyos rostros no se mostraban públicamente pero igualmente nos estaban conduciendo a un nuevo holocausto.

Las víctimas se encerraban cobardemente en sus casas aterrorizadas.

Se les amenazaba con el despido y el desahucio, pero ellos continuaban luchando sólo por lo único que les interesaba, perpetuar su clan y hacerlo lo más numeroso posible.

En eso consistía la mentalidad conservadora en cualquier parte del planeta, en defender cada uno lo suyo como alimañas.

Su ex novia tampoco le ofrecía muchas más expectativas.

Y si pretendía que él se convirtiera en un gran escritor, no lo hacía por el bien de los demás, sino por su prole.

Su propio padre, hijo ilegítimo, se había esforzado toda su vida por crear una gran estirpe, acabando por convertirse, como no, en un ladrón.

Él le había impulsado a salir con una chica rica, animándole y aconsejándole sabiamente, tratando en el fondo de propagar egoístamente su propia semilla.

Eso era lo único que les importaba a los machos, y cualquier excusa era buena para afrontar de ese modo su vacío existencial.

Pero él no pertenecía a esa raza, sino que su anhelo era el de amar libremente porque eso, como el agua de su sueño, es lo único que sacia la sed espiritual.

Malaika duerme tranquilamente en su casa.

Aunque el piso en el que vivía no era suyo, sino prestado por un amigo al que le unía algo mucho más fuerte aún que una poderosa amistad.

Se diría que se trataba de almas mellizas, ambas igual de puras y con unos orígenes curiosamente similares.

Su madre también era cubana, aunque no una fugitiva, desertora del comunismo, como la suya.

En ello radicaba el hecho de que su familia hubiera corrido una suerte mucho mejor.

Su padre, también gallego, unos meses antes de la revolución, había ido a trabajar como empleado a la gasolinera de un tío suyo.

Allí se había enamorado perdidamente de la muchachita más bella del lugar, siendo inmediatamente correspondido.

Eran aún unos críos, pero en el amor la inexperiencia resulta beneficiosa, ya que es para lo único que nacemos perfectamente dotados.

Es más, todo lo que nos enseñen repercutirá negativamente en nuestra capacidad innata de amar.

La cuestión es que al haber desplumado Fidel a su tío, no le quedó más remedio que regresar inmediatamente a su tierra en busca de un sustento.

Su princesa le había prometido esperarle, y él regresar a por ella en cuanto consiguiera hacer fortuna.

Esas promesas muchas veces no se cumplen, pero en este caso sí.

Trabajó con tanto ahínco que se enriqueció rápidamente vendiendo de todo, como hicieron los griegos.

Finalmente había creado una fábrica de fertilizantes para mantener a su numerosa prole.

El que ama labora, el que no roba o mata en cuanto se le presenta la ocasión.

Así que la familia de su amigo tenía pisos para dar y tomar.

A él le dejaban uno frente al parque del Retiro con la única condición de pagar la comunidad.

Matías, su amor, iba de vez en cuando a visitarle, aunque menos de lo que le gustaría, pues los negocios familiares no se lo permitían.

Desgraciadamente era el único hijo varón, y su padre, un gallego machista, no había permitido a ninguna de sus seis hermanas llevar las riendas de la empresa.

No le importaba que estuviera lejos, porque así se hacía desear más aún.

Se trataba del amor verdadero del que hablaba Platón en *El banquete*, que de tanto leerlo ya se lo sabía de memoria.

“Eros es el dios más anciano, el que hace más bien a los hombres. Inspira al hombre la vergüenza del mal y la emulación del bien. En el alma del que ama hay divinidad.

De todos los dioses, Eros es el más capaz de hacer feliz al hombre. Es el protector y médico, cura los males que impiden la felicidad”.

Y es que antes del judaísmo, según narraba Platón, lo que definimos como heterosexualidad, no se consideraba una norma, sino la excepción.

De ahí que Miguel Ángel tuviera la genialidad de mostrar un Moisés con aire demoníaco.

Y es que los seres humanos, según Platón, eran originariamente esféricos, masculinos, femeninos o andróginos.

Pero Zeus, celoso de su poder, los dividió en dos.

De ahí que las mujeres amaran por naturaleza a las mujeres y los hombres a los hombres, resultando la verdadera heterosexualidad, como la de la pareja propietaria de la cama en la que duerme tranquilo, algo realmente excepcional.